

Noelia Adánez

Parentesco animal

Los feminismos incómodos de
Doris Lessing y Kate Millett



Galaxia Gutenberg

Serie dirigida
por Edurne Portela

Títulos publicados:

El rey en la sombra, Maaza Mengiste

Luces de invierno, Irati Elorrieta

Una nueva tierra salvaje, Diane Cook

Sin tocar el suelo, Jokin Muñoz

Nosotros no ahorcamos a nadie, Unai Elorriaga

Frutos salvajes, Sheng Keyi

Parentesco animal

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2023

© Noelia Adánez, 2023
© del prólogo: Edurne Portela, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 12671-2023
ISBN: 978-84-19738-12-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

NOELIA ADÁNEZ

Parentesco animal

Los feminismos incómodos
de Doris Lessing y Kate Millett

Prólogo de
Eduarne Portela

Galaxia Gutenberg

A Víctor y a Luis, con amor y gratitud.

«All work and no play makes Jack a dull boy,
All play and no work makes Jack a mere toy»

Proverbio inglés atribuido a
MARIA EDGEWORTH

«God made no act without a cause-
Nor heart without an aim-
Our inference is premature,
Our premises to blame»

EMILY DICKINSON

1971. El encuentro

En la primavera de 1971 dos mujeres se encontraron en el recibidor de unos estudios de televisión en Londres.¹

La norteamericana Kate Millett, autora del ensayo *Política sexual*, estaba promocionando su libro en Inglaterra. Al poco de publicarse se había convertido en un éxito de ventas y un hito en la historia del feminismo de la segunda ola. Millett, transformada en un icono y aupada al solitario altar del liderazgo político tras su aparición en la portada de la revista *Time*, se sentía abrumada y perdida. No quería la preeminencia ni la fama que *Sex Pol* –abreviatura en inglés con la que solía referirse al «maldito libro»– le otorgaban. No quería estar en el centro de la polémica que desataron sus palabras en la entrevista concedida a *Time*, donde había admitido ser lesbiana. El feminismo radical con el que se había identificado hasta entonces se revolvió contra la escritora cuya orientación sexual, por lo visto, representaba un acto de traición al dogma. El movimiento la increpaba, la acosaba, la instaba a aclararse y definirse: feminista o lesbiana.

El periodista de la BBC que había entrevistado a Millett en Londres, abundando en una polémica que incidía en la división interna de los feminismos y buscando dar una mayor dimensión y notoriedad pública a su entrevistada, le había preguntado si seguía realmente comprometida con el movimiento. Kate recordaría tiempo después haber contestado que el movimiento era su vida para preguntarse a continuación, de camino a su encuentro

1. Tenemos noticia de ese encuentro gracias a Kate Millett, quien lo cuenta en su libro *Flying* de 1974. Lo que sigue es una recreación de su narración. Lo que aparece entrecomillado y en cursiva es literal; lo que no, es ficticio.

con aquella mujer a la que tanto admiraba, que la esperaba callada en una esquina del *hall* desierto en el que no se escuchaba más que el sonido de un martillo golpeando el vano de una puerta, en qué consistía su vida. ¿Quién era ella realmente? ¿Qué era la libertad?

«Freedom is just another word for nothin' left to lose. Nothin', don't mean nothin' hon' if it ain't free». ² Aquellos versos de *Me and Bobby McGee*, en la versión que Janis Joplin había convertido en éxito comercial ese mismo año, habían volado con ella en el avión de Nueva York a Londres y seguían latiendo fuerte en su ánimo y en su pensamiento.

La mujer callada, ante cuya sola imagen Kate Millett se echó a temblar, no era otra que la escritora británica Doris Lessing. Se estrecharon la mano al verse. Kate, que entonces tenía 37 años, sonrió ampliamente mientras lo hacía; con toda seguridad se encogió ligeramente de hombros y ladeó con alegría contenida la cabeza. Posiblemente Doris, que entonces ya tenía 52 años y acababa de optar por dejar crecer su pelo y recogerlo en una única trenza, estiró los labios en una mueca bajo la que se ocultaba una satisfacción sincera aunque levemente desdeñosa.

Rompió el encanto de la escena un hombre cuya presencia enturbió el ánimo de Millett desde el primer momento y durante el resto de la tarde. El periodista que había facilitado el encuentro entre las dos mujeres no quiso perder detalle, impidiendo, con toda probabilidad, una mayor intimidad entre ellas. Ambas querían tomar algo, pero los bares no estaban abiertos. En una cafetería cercana pidieron un café aguado e insípido que Kate sostuvo en la mano mientras Doris le expresaba su interés por ella y por su libro con toda la calidez de la que esta británica nacida en Persia era capaz. Entonces la norteamericana le contó a Lessing lo importante que había sido para ella *El cuaderno dorado*, la voluminosa novela que la británica había publicado casi una década antes. En ese punto Lessing estaba en condiciones de evaluar el impacto que la novela había tenido en el público y en sí misma. En un prólogo

2. «Libertad equivale a no tener nada que perder. Nada no significa nada, cariño, si no es gratis».

para una reedición escrito en el año del encuentro entre las dos mujeres Doris hizo algo insólito: desgranar el proceso de composición de la novela, ofrecer una explicación y reflexionar sobre el lugar que se le había atribuido en la segunda ola feminista. Gracias a ese prólogo no es descabellado pensar que a las preguntas que Millett le hizo a Lessing sobre *El cuaderno dorado* la británica contestara:

«Algunos libros no se leen correctamente porque han omitido un sector de opinión: presumen una cristalización de informaciones en la sociedad que aún no ha tenido efecto. Este libro fue escrito como si las actitudes creadas por los movimientos de liberación femenina ya existieran. Se publicó por vez primera hace diez años, en 1962. Si apareciese ahora quizá se leyera, pero no provocaría ninguna reacción: las cosas han cambiado rápidamente. Ciertas hipocresías han desaparecido. Por ejemplo, hace diez o incluso cinco años (hemos atravesado una época muy obstinada en materia sexual) se escribían abundantes novelas y comedias cuyos autores criticaban furiosamente a las mujeres (particularmente en Estados Unidos, pero también en Inglaterra), retratándolas como bravuconas y traidoras, pero, sobre todo, como zapaadoras que segaban la hierba bajo los pies. Sin embargo, en escritores masculinos, estas actitudes solían admitirse y aceptarse como bases filosóficas sólidas y normales, y en ningún caso como reacciones propias de individuos agresivos o neuróticos o misóginos. Desde luego que todo sigue igual, pero, aun así, alguna mejora se advierte. Me hallaba tan absorta en escribir este libro que ni pensé en cómo iba a ser recibido. Estaba comprometida no sólo porque era duro de escribir (conservando el guion en mi mente y escribiendo la obra desde el principio hasta el fin de un tirón, empresa muy difícil), sino debido a lo que iba aprendiendo a medida que lo escribía. Quizá proyectando una estructura sólida, imponiéndome limitaciones, exprimiendo nuevo material de donde menos lo esperaba. Toda suerte de experiencias y de ideas que yo no reconocía como propias fueron apareciendo a medida que escribía. El hecho mismo de escribir resultó más traumatizante que la evocación de mis experiencias, hasta el punto de que eso me transformó. Al concluir este proceso de cristalización, al en-

*tregar los manuscritos a editores y amigos, supe que había escrito un panfleto acerca de la guerra de los sexos, y pronto descubrí que nada de lo que dijera podría cambiar este diagnóstico. Sin embargo, la esencia del libro, su organización y cuanto en él aparece, exhorta, implícita y explícitamente, a no dividir los asuntos, a no establecer categorías».*³

Tal vez Lessing continuara:

Tú has reformulado el desgastado asunto de la guerra de los sexos en tu libro. Le has dado una nueva dimensión. Es necesario que así como yo he escrito sobre y desde el resentimiento femenino hacia los hombres, un tipo como Norman Mailer entienda que él lo hace desde la supremacía masculina y que las mujeres de sus novelas son meras coartadas. La verdad es que apenas puedo comprender que se haya molestado tanto contigo. Sinceramente, creo que deberías invitarle a tomar una copa uno de estos días.

(Me temo que ni siquiera de haber tomado una copa —o una docena de ellas— con Mailer, Kate hubiera podido evitar la publicación de *El prisionero del sexo*, el panfleto machista y violento que firmó apenas unos meses después. Sigamos).

«Por lo demás, Kate, querida, creo que harías bien en escribir ficción. No sé, tal vez relatos cortos».

La propuesta de Doris Lessing enervó el sentimiento de fracaso e inutilidad de Kate Millett, que la recibió con una mezcla de incredulidad e indiferencia, pues no se sentía capaz de acometer una tarea de ese estilo. A esas alturas de la conversación, las dos escritoras y su carabina decidieron trasladarse al *Cafe Royal*, cuyas bandejas de tartas adornaban de manera tentadora el escape-rate aquella tarde de mayo. Una vez dentro de uno de sus suntuosos salones de té cubiertos de mármol y dorados, Doris recordó los años en que acostumbraba a merendar allí. Tan a menudo visitó el salón que llegó a conocer el nombre de toda la panoplia de pasteles que el *Cafe Royal* llevaba ofreciendo desde los tiempos

3. Del prefacio de 1971 a *El cuaderno dorado*. He utilizado la edición digital de la editorial Lumen con traducción de Helena Valentí. La cita en páginas 6 y 7. La siguiente intervención de Lessing en el diálogo es enteramente inventada. La última, que aparece entrecomillada, es fiel al relato de Millett.

en que lo frecuentaba Oscar Wilde. Kate sintió cómo el peso de décadas de literatura la empujaban hacia el fondo del asiento y trató de volver nuevamente a la superficie de la conversación contándole a la británica su proyecto sobre la prostitución.

El pasado verano comencé a grabar unas cintas de audio con los testimonios de dos prostitutas. Justo entonces el ayuntamiento había decidido demoler el edificio que albergaba mi estudio en el Bowery. En su infinita sabiduría los burócratas de Nueva York consideraron que un edificio de 1806 que presentaba grietas –uno de los cinco edificios más antiguos de la ciudad, ¿puedes creer lo que te estoy contando?– pues bien, consideraron que era irre recuperable porque tenía una grieta en la estructura. Es muy probable que todos y cada uno de los edificios de Florencia tengan una de esas grietas... Así es como mantenemos nuestras ciudades en América; mejor dicho, así es como las destruimos. En fin. La cuestión es que me hice con otro estudio en el mismo vecindario, apenas a unos metros del anterior, y el pasado verano, en aquel estudio, comencé a grabar a M y J. Sus testimonios, su lenguaje, cambiaron totalmente mi manera de relacionarme con mi escritura. Quiero publicar ese material. También estoy trabajando en el montaje de una película documental sobre la vida de tres mujeres... Me gustaría dejar atrás Sex Pol, no puedo seguir escribiendo así.

Doris le contó a Kate cómo eran, a grandes rasgos, las prostitutas que ella había conocido: la sentimental, la distante, la gupa, la lista, la vaga... Kate registró esta información y la volcó en sus memorias sin añadir comentario ni valoración alguna. Mi sensación, al leerlo, es la de que la conversación entre las dos mujeres comenzaba a presentar síntomas de un desgaste que una intervención inopinada del periodista que las acompañaba cual convidado de piedra sólo hizo que precipitar. Le preguntó a Lessing por Clancy Sigal, el escritor norteamericano con el que había mantenido una relación tan difícil en lo personal como fértil en lo literario.

«¡Oh, Clancy, se pasa la vida ponderando las virtudes de su polla y haciendo alegatos contra las prácticas contraceptivas! ¡Es tan imposible, pero tan ingenioso!».

(Recordemos que Norman Mailer había dicho que las feministas defendían la contracepción para amargar la existencia de los hombres).

Al escuchar a Lessing hablar de Clancy del modo en que lo hizo, Millett vio ante sí, por vez primera, al escritor como un hombre y no como lo que en su mente había sido hasta entonces, el personaje de Saul Green en *El cuaderno dorado*, una de sus novelas favoritas, con cuya autora mantenía un encuentro que no volvería a repetirse a pesar de que las dos mujeres se despidieron con un abrazo y la promesa de verse nuevamente, en algún momento, a uno u otro lado del Atlántico...

Presentación

La expresión «parentesco animal» al que el título de este libro remite me asaltó desde un texto de la argentina Olga Orozco titulado «Parentesco animal con lo imaginario» en el que la poeta se pregunta: «¿qué oculto en mí, como no sea mi maraña de sombras y esa legión orgánica y sin rostro que oficia en mis entrañas?»

Este ensayo se origina en una convicción que trasciende a las dos escritoras en las que se centra: la de que son muchas las que ocultan algo –como dice Orozco– enraizado o conectado con las entrañas, metáfora de una oscuridad que se intenta iluminar a través de la escritura. No es la biología lo que ha condicionado las experiencias de las mujeres como seguramente sobra decir a estas alturas (¿o tal vez no?), sino la autopercepción –tematizada a través de la imaginación literaria– de nosotras mismas como sujetos huidos de un destino que se nos intenta imponer.

Las escritoras Doris Lessing (1919, Persia-2013, Reino Unido) y Kate Millett (1934, Estados Unidos-2017, Irlanda) que, como recreo en las páginas previas, llegaron a conocerse fugazmente, tuvieron en el fondo pocas cosas en común y, sin embargo, es fácil detectar en ellas una energía vital que las empujó a conducirse al margen de convenciones, provocando en los demás y en ellas mismas importantes niveles de lo que de entrada y de una manera intencionadamente vaga llamaré incomodidad, en alusión a un estado de ánimo que nace allí donde la autoconciencia y el deseo de libertad se cruzan con las limitaciones impuestas históricamente a las mujeres en forma de mandatos, prohibiciones y estigmas.

Doris Lessing y Kate Millett –entre muchas otras– representaron el feminismo y la liberación sexual entre los años cincuenta y

los años setenta del pasado siglo. Ambas fueron iconos de la segunda ola feminista en una fase inicial, en el caso de Lessing, y en otra más tardía en el de Millett; y ambas sufrieron el desdén y la crítica dentro y fuera del movimiento feminista. También recibieron reconocimientos y premios, el mayor de los cuales fue sin duda vivir de la manera más libre de la que fueron capaces. Y lo fueron mucho.

Las mujeres hemos sido muy inquisitoriales e implacables con nosotras mismas en la contemporaneidad, pero también grandes ocultadoras, prestidigitadoras de la personalidad en nuestro propósito infatigable de búsqueda de una identidad que casi nunca encajaba con el molde. Y cuando nos hemos mostrado, a menudo hemos sido estigmatizadas porque lo que la sociedad veía no correspondía con lo que esperaba encontrar. Este libro apela a un legado afectivo feminista que se vincula al ocultamiento y la incomodidad, al estigma y las rebeliones que incita, y que se expresa en un tipo de escritura con una fuerte carga autobiográfica, en forma tanto de autoficciones como de memorias.

El interés por estos temas nace, como todo lo que pienso, de mis talleres; espacios de encuentro y diálogo, de acompañamiento y militancia. Estos grupos guían y orientan mis lecturas, pensadas la mayor parte de las veces para adaptarse –y desafiar– la idiosincrasia de cada uno de ellos. Leer en grupo es una tarea muy exigente; lo es tanto como pensar quiénes reclaman nuestra atención desde ese estante o quién nos pide una segunda oportunidad desde aquel otro.

Doris Lessing pedía una segunda oportunidad. Comencé a leer *El cuaderno dorado* con veintipocos años en una edición de tapa dura del Círculo de Lectores prologada por Mario Vargas Llosa que se integraba en una de esas colecciones a las que estaba abonada mi madre en los años ochenta. Abandoné muy pronto la tarea. La novela me pareció tortuosa e inaccesible. Hace unos diez años descubrí a la Doris memorialista y decidí saldar con ella mi deuda. Su autobiografía me abrió la puerta a su novelística y creo que por fin estamos en paz. Hoy en día considero a Lessing una maestra, una pensadora y escritora infatigable y valiente, una «madre».

Es cierto: «Solamente hay una manera de leer, que es huronear en bibliotecas y librerías, tomar libros que llamen la atención y leer solamente esos, dejándolos a un lado cuando aburren, saltándose las partes pesadas y nunca, absolutamente nunca, leer algo por sentido del deber o porque forme parte de una moda o de un movimiento. Recuerde que el libro que le aburre cuando tiene veinte o treinta años le abrirá perspectivas cuando llegue a los cuarenta o a los cincuenta, o viceversa».¹

Sentada a escribir sobre Lessing lo hago con un volumen de *El cuaderno dorado* distinto al que estaba en casa de mi madre. He utilizado una edición digital sobre la que he subrayado y anotado todo aquello que de alguna manera quedó pendiente de leer y de pensar. Otra edición, otro soporte, otra casa y otra lectora distinta. Sólo *El cuaderno dorado*, el texto de Lessing, ha permanecido inmovible y con él los cinco volúmenes de *Los hijos de la violencia*, *Memorias de una superviviente*, *La buena terrorista* o *El quinto hijo* –entre otras novelas y textos– se han instalado en mi mente con el confort descarado de quien vino para quedarse.

Política sexual de Kate Millett es la primera obra feminista que leí en mi vida. Lo hice poco antes de cumplir los treinta y esa lectura –y todo lo que con ella se desencadenó– adquirió un carácter emblemático. Casi veinte años después, me sigue maravillando la tímida Kate, recién doctorada en Oxford, impugnando todo un sistema cultural, desafiando el criterio de autoridad y desgranando el montaje que hay detrás de la construcción de un autor o de un artefacto literario de éxito. El carácter en suma masculinizado de la cultura occidental y la complacencia con la sumisión de las mujeres que hay detrás de quienes presumían en 1960 –como muchos siguen haciéndolo hoy– de modernos y transgresores. Pero fue la lectura de *Viaje al manicomio* lo que cambió mi percepción de Kate Millett y aumentó mi interés por ella. En las páginas de sus memorias, vida y política se entrelazan con extraordinaria consistencia. Y después vinieron *Sita*, *Elegía a Sita*, *The Prostitution Papers*, *The Basement*, *Flying*, *A. D. A Memoir* y *Mother Millett*.

1. Del prólogo a *El cuaderno dorado*, p. 20.

Lessing y Millett me han proporcionado una coartada para hablar de escritoras, literaturas, maternidades y sexualidad, política y activismo; de entrañas y narrativas. También me han servido para reflexionar sobre qué significa vivir una vida feminista: qué precio se paga y qué satisfacciones se obtienen –si es que corresponde hablar en estos términos– cuando se vive contracorriente, libremente, cuando se cuestiona –como nos enseñó Adrienne Rich– de manera reiterada y consciente a los padres y a las madres.

Quien espere encontrar aquí exhaustividad académica o rigor metodológico sufrirá pronto una decepción. Lo que propongo es un ejercicio de imaginación lectora y un diálogo que abra el camino a la interpretación de textos y experiencias humanas desde mi modesta y limitada perspectiva. Aquí expongo (y comprometo) mi subjetividad tanto o más que mis conocimientos, cuyas limitaciones no oculto y cuyos vacíos no puedo decir que lamento. Llegamos hasta donde podemos y podemos lo que nuestras circunstancias nos permiten. Hace muchos años que me separé del mundo académico. Dedicarse a pensar y escribir sin un respaldo institucional y económico es una tarea difícil que sólo puede llevarse a cabo lidiando con equilibrios complicados y toda suerte de interrupciones. Aunque lo cierto es que, con el tiempo, voy comprendiendo que –en mi caso al menos– hay más vivencia y pensamiento fértil en las interrupciones que en la continuidad. Según me parece, las interrupciones son pausas necesarias desde las que adquirir perspectiva y tratar de dar sentido a la experiencia y el pensamiento.

Durante la pandemia, sin duda la mayor interrupción que hemos vivido a escala planetaria en los últimos tiempos, sentí la necesidad de reconsiderar el trabajo que estaba haciendo, de manera que un libro quedó medio escrito y aplazado mientras que este cobraba forma y vida. Puedo decir que interrumpí una labor para poder continuar con otra. En este sentido, y lo digo sin un ápice de ironía, en los últimos tres años no he dejado de aceptar de buen grado toda clase de interrupciones; en fin, de pensar, perfilar, proyectar y definir. Gracias a todas esas interrupciones he terminado este libro. Ahora sólo me queda continuar.